

# Aurelio: hombre de oro

**E**N LA SELVA SE OYEN MUCHOS RUIDOS. APENAS LOS podemos distinguir. Fue seguramente en esa necesidad de reproducir y analizar los sonidos que los seres humanos oímos en la naturaleza que nació la música.

El compositor musical no sólo reproduce sonidos: también los ordena, los combina y, a veces, hasta los elimina. El silencio, como sabemos, forma parte íntegra de toda experiencia musical. El proceso único de reproducción, ordenación, combinación y eliminación de sonidos hace de la música la más abstracta de las artes. Por eso la música, o al menos la verdadera experiencia musical, no tiene asideros concretos en la realidad material, como sí los tiene por ejemplo la pintura, que reproduce colores y formas, o la literatura, que se refiere a objetos y situaciones en la vida social. Por eso la música que inventa el compositor es un viaje ciego en un mundo que no existe y al que sólo tenemos acceso a través del más tenue y menos confiable de los sentidos: el oído. Wagner llamó a este dilema musical la búsqueda del ideal. No se equivocó. Contra lo que muchos piensan, la Música es, en el fondo y en realidad, el arte de las ideas.

Aurelio de la Vega es uno de los grandes compositores del mundo hoy vivo. Su trayectoria de más de cincuenta años en el mundo musical ha sido ampliamente reconocida. A sus éxitos de creación se une, además, su amplia y extensa labor pedagógica. Así como Aurelio tiene ejércitos de admiradores, también tiene legiones de leales alumnos. En pocas personas se ha resumido mejor la palabra Maestro: ha creado, ha enseñado y ha guiado.

Pero el caso De la Vega es realmente insólito cuando tomamos en cuenta el contexto en el que su obra surgió y se desarrolló. Si Cuba, nuestro país, es mundialmente reconocido como una caja musical, y nuestra música popular le ha dado la vuelta al globo, esa fama resulta equívoca si la examinamos en relación a nuestra tradición

*Enrico Mario Santí*

de música culta. La exagerada atención a nuestra música popular,ailable y divertida, muchas veces ha terminado desplazando a nuestra música culta, escuchable y meditabunda. El monopolio de atención a sólo cierto tipo de música —y que el público se empeña en denominar con el exclusivo nombre de «música cubana»— ha terminado empobreciendo la imagen de nuestra tradición musical y artística. Digo imagen y no realidad: para contradecir esa imagen ahí está la realidad de las obras de nuestros músicos cultos, de Esteban Salas e Ignacio Cervantes, pasando por García Caturla y Roldán, hasta llegar a Orbón y De la Vega. No han existido, en cambio, ni la atención que se merecen, ni el lugar que se le debe reconocer a todos ellos en nuestra percepción de la cultura nacional. En efecto: lo que llamamos (o deberíamos llamar) «música cubana» es mucho más rica, mucho más amplia y mucho más variada de lo que pensamos y, a lo mejor, de lo que nos merecemos.

Crear una obra como la que ha hecho Aurelio de la Vega en esas condiciones resulta de por sí una labor heroica. Pero si a todo eso añadimos, por una parte, la experiencia del exilio, que De la Vega, como tantos otros cubanos, ha padecido durante los últimos cuarenta años, y por otra, la censura totalitaria, que ha querido borrar toda huella de su creación de nuestro canon musical, entonces lo que es evidente no es tanto lo heroico, sino algo mucho más sencillo: la prodigiosa persistencia de este creador, su entereza y su convicción moral.

Dije antes que la verdadera música es, en el fondo, el arte de las ideas. ¿Cuál sería entonces la idea que rige la obra, y quizás la vida, de Aurelio de la Vega? La pregunta es inmensa, y no seré yo el más capacitado para contestarla. Pero sobre esa idea aportó una idea, y es la siguiente:

Buena parte de la obra de De la Vega, aunque desde luego no toda, consiste de ciclos, o *suites*, o series de piezas musicales montadas sobre poemas de diversos autores: desde Zamora, Baquero, Octavio Armand y Padilla, hasta Valladares, José Martí y el propio compositor. Una mirada superficial sobre esas piezas llegaría a la conclusión que se trata de sencillas adaptaciones musicales de textos poéticos. Más cierto, sin embargo, es que De la Vega no sólo «le pone música», por así decirlo, a los poemas: también los escoge, los ordena, y hasta los elimina.

Al hacer esto, este compositor, como indica la palabra, compone, mejor dicho, vuelve a componer el texto escrito. Al recomponerlo con música también hace otras dos cosas: primero, dialoga o conversa con el poeta; y después, se lo ofrece al lector, y al que escucha, con otros oídos. Por eso no es exagerado decir que la idea que rige la obra de Aurelio De la Vega es lo que este proceso describe: facilitar la comunión con los otros, y el deseo de que nos escuchen.

No es de extrañar que todas esas *suites* o series de poemas tengan una estrategia en común: en medio de una compleja instrumentación, en la que la disonancia cumple un papel crucial para establecer la alienación emocional del poema, siempre surge, como señal de lenta pero inexorable victoria, la voz humana. «La voz humana canta de por sí», ha dicho De la Vega

en otro contexto. «Lo único que tiene que hacer un compositor es poner en orden los sonidos». Pero esa voz, casi siempre, es la de una soprano, una mujer, una voz femenina que, según el autor, «inventa dulzuras y dramas que proyecta con pureza sinusoidal». Yo pregunto: ¿Quién es esa mujer? ¿Será la Madre, la Esposa, la Amada? ¿Será la Música, la Poesía? ¿O tal vez la Noche, la Paz, la Patria?

No lo sé. Acaso Aurelio tampoco lo sepa. En realidad, no importa saberlo. Basta que la escuchemos. Porque cuando la escuchamos, sabemos también que, de alguna manera, se ha cumplido el propósito: nos escuchan.

Dicen que no todo lo que brilla es oro. En el caso de Aurelio, se equivocaron. Todo brilla, hasta lo que no podemos ver.

